

el lenguaje de la razon, ved aquí una autoridad pue para ellas debe ser de algun peso; la del Conde de *La Noue*, por sobre nombre *Brazo de fierro*, de quien Enrique IV hizo un elogio tan bello diciendo, *que era un grande hombre de guerra, y todavia mas un grande hombre de bien*. „La causa del furor de los duelos, dice este heroe tan dignamente alabado por tan gran rey, consiste en nuestros errores y locuras, y es un honor falso. Si la nobleza prosigue andando así, extraviada tanto en palabras como en acciones, siempre irá profanando la virtud y las armas, consumiéndose. Fuera bueno que el rey, los príncipes, los señores, censurasen en público á los que hayan ensangrentado así sus armas, y mostrasen aborrecerlos como gentes que no tienen otro placer que exaltarse con la muerte de otro. . . . En las guerras es donde debe uno mostrar su valor, y arresgar libremente su vida. Las gentes honradas deben servir generalmente á su patria, y los que exponen diariamente su vida por ella, no deben en su servicio escasear los bienes de fortuna. En cuanto á mí, mientras tenga una gota de sangre y una fanega de tierra, la emplearé en la defensa del estado en que Dios me ha hecho nacer. . . . Mas en cuanto á los que van precipitando su vida en querellas personales, bien manifiestan que no se consideran de mucho precio.” (*Vida del Conde de La Noue*).

El Mariscal de Turenne, despues de su conversión, recibió una carta llena de insultos y bravatas del Elector palatino, quien á los sangrientos reproches por la devastacion de sus Estados, que este príncipe no debía imputar siempre mas que á sí, añadía un desafio en que proponía á Mr. de Turenne que designara el tiempo, el lugar y el modo que quisiera elegir para un combate singular. El mariscal respondió el mismo dia en estos términos: „Señor, puedo asegurar á V. A. E., que el fuego que se puso en algunas de aquellas ciudades fué sin orden alguna, y que los soldados que hallaron á sus camaradas matados de tan extraño modo, lo hicieron á horas en que no se pudo impedirlo. No dudo que V. A. E. me seguirá honrando con sus buenas gracias, puesto que nada hice que me aparte de ellas.” Una respuesta tan moderada á semejantes insultos y á un desafio tan formal, hizo avergonzar al Elector de su arrebató. *Vease la coleccion de las Cartas y Memorias halladas en la cartera del mariscal de Turenne, por el Sr. Conde de Grimoald, obra presentada al rey y aceptada por S. M.*

El Conde de Sales, acometido por un falso valiente á quien habia reprehendido por sus blasfemias, le respondió: „que despues de haber osado defender la causa de Dios, no debía traicionarla con las falsas maximas de honor mal entendido.”

Hay mas de un ejemplo de esta naturaleza de parte de militares que habian dado pruebas de gran valor. Mas nunca serán imitados sino por un corto número de almas fuertes, mientras que nosotros no dejaremos de poner contradiccion entre nuestras instituciones y nuestras costumbres, y despues de haber dictado bellas leyes contra el duelo, seguiremos lastimando con la tacha del deshonor al que habiendo siempre vivido sin miedo y sin reproche, haya creído, segun su conciencia y las leyes, que debía despreciar las preocupaciones de un fatuo ó de un aturdido.

CARTA CUADRAGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Has quedado sorprendido, hijo mio, con los primeros caracteres que te he hecho advertir en la religion cristiana, y principalmente con su unidad. Agreguemos á esto ahora su perpetuidad; y admira mas que nunca, como esta obra magnífica, que la mano de los hombres no puede hacer, se ha perpetuado de siglo en siglo por el mismo poder enteramente divino que la comenzó.

Volvamos á considerar en la venida de Jesucristo, el conjunto sorprendente que esta obra admirable nos presenta. Aquí la serie de los hechos habla bastante por sí misma, y la religion se hallaria demostrada por ella independientemente de los libros del Nuevo Testamento, que continúan en los primeros tiempos la relacion de estas maravillas. Mas para no dejarte que desear nada, sobre lo que puede ayudar y confirmar tu creencia, discutamos un momento sobre la autenticidad de estos libros, antes de desenvolver los principales hechos que contienen.

Desde luego podria, querido Valmont, aplicar á los autores sagrados todas las reglas de discusion empleadas tan confiadamente para los juicios que se forman de los autores profanos, y hacerte observar las diversas relaciones que nuestros libros tienen con aquellos cuyos nombres llevan, con los tiem-

pos en que los escribieron, con los lugares, con las personas, con los usos, con el gobierno civil, con el estado de la religion, con los negocios públicos de que hablan: porque sin duda no ignoras, que, moralmente hablando, es imposible que un impostor no incurra en algun defecto sobre cualquiera de estas circunstancias.

Mas aquí no se trata de formar un tratado sobre la religion; ni tampoco de entrar de nuevo en pormenores que los cristianos han iluminado cien veces con la crítica mas rigurosa. Para terminar con mayor seguridad y en pocas palabras toda contestacion, considera esa cadena de testigos, que desde el nacimiento del cristianismo de una edad en otra, dan testimonio en favor de los libros del Nuevo Testamento, los atribuyen á los apóstoles y á sus primeros discípulos, y á veces aun emplean en sus escritos los hechos y las máximas mas esenciales de aquellos libros de que toman hasta las palabras. Si pretendes que se puede negar su autenticidad, atrévete tambien á pretender que los nombres y escritos de San Policarpo, de San Ignacio, discípulos de los apóstoles; que los de San Justino, San Clemente, San Irineo, instruidos por estos primeros discípulos; que los nombres y escritos de Orígenes, de Eusebio, de San Gerónimo, que tan escrupulosamente examinaron en los primeros siglos esta parte de las divinas Escrituras, son nombres y escritos supuestos. Esto como todo lo demas se sostiene en la religion, y la tradicion mas antigua, ménos interrumpida, mas universal, mas constante, sirve de apoyo á nuestros libros sagrados y á nuestros primeros monumentos. Considera despues el interes que los primeros cristianos de todo estado y de todo rango, con preocupaciones y pasiones contrarias, tenian para no recibir por simples presunciones lo que debia servir de fundamento á su fe, lo que debia ser la regla de su conducta, y lo que les obligaba á sacrificar cuanto tenian de mas querido y á volar al martirio. Ademas, hijo mio, los escritos de los apóstoles no fueron hechos en un

siglo de ignorancia, ni para pueblos groseros y hombres faltos de letras: aparecieron en el siglo de Augusto, y fueron dirigidos á Roma y á la Grecia, es decir, á lo que habia entónces de mas cultivado y sábio.

Fuera de esto, pregunta si te parece necesario á los mismos enemigos de la religion, á los judíos, á los paganos, á los herejes, á todos aquellos que en los primeros siglos atacaron por toda clase de medios las verdades contenidas en nuestros libros, y dime si se atrevieron á negar ó á dudar que la mayor y principal parte de estos libros fueron de los autores á quienes los atribuimos; si por lo ménos Marcion y Manés, únicos que tuvieron bastante ignorancia y temeridad para hacerlo, pudieron, aun cuando eran desafiados á ello, producir contra los escritos de los apóstolos el mas ligero indicio de falsedad, y dar un fundamento siquiera medio racional de su opinion.

Dime por último, si hay en todo el mundo un libro, que, como nuestros libros sagrados, haya excitado tanto la atencion de todos los hombres, el interes de los partidos mas opuestos, las indagaciones profundas de los sábios de todos los siglos, sin que se haya podido rebajar su autoridad.

En efecto, ¿en qué tiempo hubieran sido supuestos estos libros? Quitá, si puedes, todas las contradicciones que esta suposicion envuelve; fija una época en que aquella hubiera sido posible. No será mientras vivieron los apóstoles: ¿se habrian recibido libros que los mismos apóstoles hubieran desmentido? Tampoco será inmediatamente despues de su muerte: ¿cómo se harian pasar entónces bajo su nombre composiciones falsas? ¿cómo se harian recibir tantas falsas epístolas en tantas iglesias, á las que no hubieran sido dirigidas en vida de los apóstoles? ¿cómo se las hubiera hecho adoptar sin oposicion, en un tiempo en que aun habia tan crecido número de discípulos y de personas que habian conversado con ellos? ¿será por ventura en el segundo siglo? Pero vemos desde entónces citados

estos libros por autores contemporaneos, reverenciados como sagrados, traducidos á muchas lenguas, recibidos por unanimidad, al ménos en cuanto á las partes mas esenciales del Nuevo Testamento; leídos en todas las iglesias, que, segun refiere Tertuliano, conservaban los ejemplares de ellos, á la vez que repelían cuidadosamente todas las producciones nuevas, oponiéndoles tan solo su caracter de novedad.

Y no digas, hijo mio, que estos libros pudieron ser alterados en adelante: las mismas pruebas que nos demuestran que no han sido supuestos, nos aseguran tambien su integridad. A vista de tantos hombres de intereses tan diferentes, ¿podían sufrir la menor alteracion unos escritos tan públicos, tan amados de todos los cristianos, tan discutidos por los herejes, los judíos y paganos, sin que de todas las extremidades del mundo se levantaran mil voces para reclamarlo, y sin que se cuidara de confrontarlos con los ejemplares auténticos? „Marción „pretende, decia Tertuliano, que el evangelio de que „me sirvo está corrompido: ¿quién será nuestro juez? „lo serán las antiguas iglesias, que recibieron los „evangelios de mano de los apóstoles: vamos á con- „sultarles; y aquel cuyo evangelio esté conforme „con estos ejemplares no será el engañado, pues que „la verdad debe ser mas antigua que la mentira.”

Si despues de tan fuertes pruebas, aún te quedáre alguna duda, te ofrezco un medio último de conviccion. Confronta las variantes, compara las diversas lecciones, aun cuando sea en todos los siglos, como lo han hecho en el último los críticos mas instruidos; y mira si de ella resulta en daño de nuestros libros una sola diferencia esencial en todo lo concerniente á la historia, á la doctrina y á las costumbres.

Es pues verdad, querido Valmont, que á las pruebas positivas que damos de la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento, no se pueden oponer ni se oponen diariamente, sino dudas que las pasiones elevan y fomentan, pero que la razon reprueba. Deja, hijo mio, deja que el incrédulo se

quiera cegar á sí mismo, y no quieras imitar su ceguedad; y una vez convencido de la autenticidad de nuestros libros, asegurado de que el testimonio que contienen ha llegado hasta nosotros en toda su integridad, permite que me detenga por algunos momentos haciéndote observar cuan fidedigno es este documento y cuan incontestable.

Indudablemente lo es, si los que lo han dado no han sido engañados, y si ademas no han querido ni podido engañarnos. Mas en primer lugar, por la naturaleza misma de su deposicion, es evidente que no han sido engañados, pues que casi todos son testigos oculares; nosotros referimos, dicen, lo que hemos visto, lo que hemos oido, lo que ha pasado constantemente en medio de nosotros. Tambien lo es por la naturaleza de los hechos que refieren, pues que es una clase de hechos, que por su continuidad y por su certidumbre á juicio de todos los sentidos, no son susceptibles de ilusion.

¿Mas por lo ménos no habrán querido engañarnos? Para responder á esta pregunta, examina bien, hijo mio, aquel proyecto que se les atribuye de engañar al universo con un conjunto de hechos tan difíciles de inventar, de combinar, de conciliar con fijeza y con los libros del Antiguo Testamento y con ciertos hechos principales que no dependian de ellos, que no eran dueños de producir, de impedir, de suprimir, ni de alterar, y que por lo mismo debían entrar necesariamente y apesar suyo en la unidad del plan que se les quiere suponer. Un solo hombre, tratándose de un pequeño número de hechos que inventa, tiene suma dificultad para coordinar la verdad con la mentira: ¿pues qué será cuando se trata de muchos hombres que como los apóstoles escriben en diferentes circunstancias y en situaciones diversas; cuando se trata de un gran número de hechos complicados; y cuando se trata sobre todo de hechos ligados á otros muchos que precedieron, que han debido seguir, y que no podrían ménos que hallarse contradictorios unos con otros, si solamente hubieran sido enlazados por la impos-

tura? No, no se imagina ni se inventa como los apóstoles; y sobre objetos tan extensos en sus combinaciones y en sus relaciones, la ficción jamás hubiera estado de acuerdo con la verdad.

Por lo demás, hijo mio, juzga de ese pretendido proyecto de engañarnos, concebido por los apóstoles despues de la muerte ignominiosa de su maestro; juzga de él por la educacion sencilla y grosera que habian recibido y por el estado abyecto en que casi todos vivian antes de su apostolado; por aquel tono de ingenuidad, de candor, de integridad, que brilla en sus personas como en sus escritos, y no se desmiente jamás en ellos; por aquel caracter de rectitud que reina en sus costumbres, costumbres dulces y sencillas, castas y puras, exentas de toda levadura de interes, de ambicion y de rebelión; por toda su vida humilde, pobre, laboriosa, mortificada, y tal en una palabra, que sus mayores adversarios se vieron precisados á respetarla.

¡Ah! hijo mio, ¿qué motivo hubiera inducido á los apóstoles á querernos engañar aun dado que hubieran tenido caracter para emprenderlo? ¿Acaso las humillaciones, los sufrimientos y la cruz de Jesucristo, tenian por sí tantos atractivos para ellos? ¿Y qué otra cosa podian aguardar de todas las pasiones, de todos los intereses, y de todos los hombres conjurados á la vez contra su maestro, y contra cuantos osaran todavía despues de su muerte titularse sus discípulos?

Mas por fin, supongámoslos interesados en engañarnos, y con caracter para quererlo hacer. ¿Habrian podido esto? En este punto, hijo mio, combina segun las leyes mas rigurosas, las mas propias para producir certeza en clace de hechos, y aun digo evidencia en materia de pruebas y de raciocinio; combina juntamente su número, la diversidad de sus caractéres, las diferentes pruebas porque han pasado: y dime ¿cómo pudo permanecer impenetrable el secreto en medio de doce apóstoles, de setenta y dos discípulos, de un crecido número de testigos que publicaban altamente lo que decian haber

visto, escuchado, tocado tantas veces y tan constantemente; y como sin embargo, ni en la multiplicacion de cinco panes para servir de alimento á cinco mil hombres, ni en la curacion súbita de ciegos de nacimiento conocidos por tales en la Sinagoga, ni en la resurreccion de muchos muertos y la del mismo Jesucristo, acompañadas de circunstancias que las hicieron públicas, ninguno de ellos, ni nadie de los judíos, dejara nunca de ver ni de escuchar? ¿Y se osaría solamente avanzar con falsedad semejantes hechos, cuando se invoca el testimonio de tantos hombres y de casi todo un pueblo?

Dime lo que podia unir de modo tan estrecho y con lazos tan duraderos á hombres que no hubieran tenido otros vínculos recíprocos que la supercheria y la mentira, y como no se habria descubierto la trama, en medio de tantos caractéres diferentes, siempre dispuestos á dividirse entre si por motivo de los intereses opuestos que cambian segun los tiempos, las pasiones diversas, un descontento, un celo, un deseo de sobresalir entre los demás.

Dime por último, como ni las promesas, ni las amenazas, ni los remordimientos de su conciencia, ni los sentimientos de compacion para con aquellos que se hacian víctimas desgraciadas de la fé que les anunciaban, ni las fatigas y las penas continuas, ni el temor de los tormentos, ni el horror de la muerte, pudieron jamás moderar su ardor, aflojar su carrera, arrancarles la confesion de su extravio ó variar su deposicion. Se sufre, se muere por un sentimiento que se cree verdadero; y en punto á creencia, el error tiene sus mártires como la verdad; ¿mas está en la naturaleza correr de pais en pais á las penas, á los tormentos, á la muerte, y soportarlos con una firmeza siempre igual por atestiguar un hecho que se sabe ser falso? Porque, ved aquí, amado Valmont, lo que principalmente importa considerar bien; ved aquí lo que hace invencible la prueba que tomamos de aquellos primeros mártires, y lo que los pone fuera de toda comparacion con aquellos que donde quiera gusta

el incrédulo de contraponernos: los mártires del cristianismo naciente, muy diferentes de los entusiastas de todas las sectas, son mártires de hecho, y no de opinion.

Sin duda hijo mio, esto es bastante para demostrarte la certeza de cuanto los libros del Nuevo Testamento nos enseñan sobre la continuacion de la religion. Mas, ya te lo he dicho, y te verás obligado á convenir en ello, ni aun hubiera tenido necesidad de nuestros libros para convencerte; pues la serie de los acontecimientos, su encadenamiento necesario entre sí y con aquellos de que somos hoy testigos, aquella correspondencia mutua y tal que recíprocamente se presentan el mas firme apoyo, en una palabra, la perpetuidad de la religion cristiana, formaria por sí sola en su favor la demostracion mas completa. Volvamos á considerar aquellos acontecimientos tan bien encadenados, tan bien ligados, y que hablan por sí mismos.

Ya los cuatro grandes imperios que Daniel [a] predijo que debian preceder al imperio eterno del Cristo se han sucedido el uno al otro, y el último ha triunfado de los que le precedieron. Ya la profecia de Jacob toca á su término, y á vista de la nacion admirada, el cetro se escapa de las manos de Judá para pasar á las de un extranjero. El segundo templo solo subsiste para recibir al que debe hacer todo su adorno [b]. Los judíos estan en la expectativa del Mesias; y el rumor de sus esperanzas se ha difundido entre los gentiles [c]. La venida de este Mesias tan deseado se ha diferido tanto tiempo, para hacernos sensibles las miserias del hombre abandonado á sí mismo. Por último el Mesias aparece: todas las profecias se cumplen en su persona; todos los caracteres del Mesias vuelven á encontrarse en Jesucristo.

[a] Cap. 2, 7 y 8.

[b] Profecia de Ageo, cap. 2.

[c] Vease á Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*, páginas 373 y siguiente, ediccion de 1744.

Como Verbo coeterno con su padre; como Verbo hecho carne, nace de una vírgen; es el vastago de Jessé es el hijo de David; sale de la tribu de Judá; nace en Betlem; recibe allí el nombre de *Jesus*, este bello nombre de *Salvador*, que juntamente presagiaba la gloria que habia de tributar á Dios con la reparacion del pecado, y la salvacion que habia de dar á los hombres. Una estrella brillante lo anuncia [1]; los pastores y los reyes lo adoran; y lo que un autor célebre entre los paganos nos asegura lo que confirma del modo mas solemne toda la relacion de los autores sagrados, Herodes [2], instruido de su nacimiento, inmola á su celoso furor una muchedumbre de víctimas inocentes, y con sus inquietudes y sus temores rinde apesar suyo el testimonio mas palmario á la expectativa de los judíos y á la venida del Mesias.

Jesucristo se libra de su persecucion. De regreso á su patria, llegado apenas el tiempo, en que debia manifestarse á los hombres, Juan Bautista tan digno de admiracion [3] por la austeridad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por los efectos de su celo, por la fuerza de sus palabras, y á quien los mas sábios judíos, buscando por todas partes al Mesias, hubieran sin dificultad tomado por el Mesias mismo, se despoja en su favor de su propia gloria, se anonada en su presencia, y le hace reconocer á sus discípulos por el Cordero de Dios que viene á borrar los pecados del mundo.

El Salvador enseña á los hombres la doctrina mas pura, y les propone de un modo sencillo las verdades mas sublimes. Abre á sus discípulos sin aparato y sin ostentacion los tesoros de la mas elevada sabiduría; les revela los mas profundos misterios sin manifestarse admirado de ellos; desarrolla las ideas mas nuevas y la moral mas perfecta, como ideas que le son naturales y que dimanán de su fuente; nos hace aspirar á una nueva felicidad; remite nuestra alma á su origen y á su fin, y la hace entrar en todos sus derechos. Movera la elevacion de sus pensamientos y la altura

de sus máximas con la sencillez de las imágenes que emplea, y con la uncion secreta que acompaña á sus discursos. Todo es grande, todo es amable en su persona: reúne en grado supremo la dulzura y la autoridad. Da los ejemplos mas raros de las virtudes que manda y de la perfeccion que aconseja; y lo que hay en él todavía mas admirable, es que su alma noble sabe aliar la mas alta elevacion con la humildad mas verdadera. Su caracter es firme y generoso; su corazon es tierno y bienhechor; su vida pobre y frugal; sus maneras sencillas y afables; sus costumbres son irreprehensibles. No se deja ver entre los hombres, sino para ilustrarlos y para hacerles bien. Social, humano, popular, pero sin familiaridad y sin bajeza, se pone al alcance de todos y se hace respetar de todos. Conversa, se recrea con los niños; acoge y se anticipa á los pecadores, y no se disgusta de la tosquedad de sus discípulos; es bueno é indulgente con los débiles, y solo muestra severidad contra los hipócritas. Vierte lágrimas por la muerte de Lazaro á quien amaba tiernamente, se interesa del modo mas vivo en el dolor de una madre que acaba de perder á su hijo; perdona á la muger adúltera, y no le pide mas reconocimiento que dejar de ser infiel. En la conversacion mas interesante instruye, convierte á la Samaritana, y anuncia un culto nuevo, la adoracion en espíritu y verdad. Ve con una especie de transporte correr las lágrimas de la Magdalena; se complace en comover el corazon del publicano. Donde quiera mira la gloria de su padre: donde quiera mantiene; asegura el cumplimiento de los deberes y el orden de la sociedad. Nos enseña que su reino no es de este mundo, y él mismo paga al Cesar lo que se le debe por sus súbditos. Su reino es el de la verdad; y se sacrifica por ella, testificándola en presencia de Pilatos. Oprimido, calumniado, cubierto de opróbios, moribundo entre suplicios hace confesar á su juez su inocencia y hace ver en la tierra la virtud desgraciada, perseguida, pero siem-

pre igualmente firme, sin tacha y bastándose á sí misma. Su pasion, su muerte, son todavía una cosa mas grande que su vida; y el discípulo célebre del mas sabio de los filósofos, queriendo pintar al justo con todo el heroismo de la virtud, ha pintado sin saberlo, una virtud mas que humana y al hijo de Dios [4].

Las maravillas mas portentosas vienen en apoyo de la santidad de sus costumbres, agregan un peso nuevo á la excelencia de su doctrina; y con ella, con el concurso de todos los siglos que han preparado su venida, de todos los géneros de profecias que lo anunciaron, demuestran la divinidad de su mision.

Envano me detendria yo aquí á disertar friamente sobre la naturaleza y posibilidad de los milagros [5]; hay hechos que bien averiguados, cortan todas las dificultades y hablan muy mas alto que unos razonamientos estériles y vanos. Tales son los hechos y los milagros que tienen una directa relacion con Jesucristo: hechos sensibles y palpables; hechos públicos y permanentes; hechos reiterados y perdurables donde quiera que el establecimiento de la religion cristiana y la gloria de su autor han exigido necesariamente; hechos y milagros confesados por aquellos mismos que mas interes tenian en negarlos [6]; confesados por los judios, que lejos de desmentirlos, los han confirmado atribuyéndolos á no sé qué virtud secreta que se hallaba en el Santo Nombre de Dios, en aquel nombre desconocido é inefable, que Jesucristo, decian, habia descubierto sin saberse como, en el Santuario; confesados y reconocidos al ménos en parte por los paganos Hierocles [7], Juliano [8], Celso [9] Porfirio [10], y una infinidad de otros ménos preocupados, que no pudieron resistir á la fuerza de las pruebas que los acreditaban, y de paganos se volvieron cristianos; confesados y confirmados por los herejarcas en el mismo tiempo de los apóstoles, los Judaisantes, los Nicolaitas, los Corintios, los Gnósticos, los Valentinianos, los Basilidianos, &c., que

atacando todo, confundiendo todo, disputando sobre todo, jamás negaron á los verdaderos discípulos de Jesucristo los milagros que ellos le atribuyen, ni se atrevieron á tratar de impostura los que obraban en su nombre: hechos maravillosos, evidentemente superiores á las fuerzas de la naturaleza [11], todos benéficos, todos útiles á los hombres, ya para curar los males del cuerpo, ya para disipar las enfermedades del alma, sus preocupaciones y sus errores: hechos y prodigios mui diferentes por su autenticidad, de aquellos que el incrédulo se atreve á poner en paralelo con estos [a], mui diferentes por su carácter y su publicidad, de esos prestigios y de esas obras de tinieblas con que se acreditan en los espíritus flacos las supersticiones, las consejas y tan-

[a] Vease la nota (7) sobre Hierocles.

Ningun siglo ha sido tan fecundo como el nuestro en paralelos tan odiosos como el nuestro en paralelos tan odiosos como el nuestro número son las comparaciones ridículas que se han atrevido á hacer de los milagros de Jesucristo, con manejos de fuerza y con pretendidos prodigios superiores aun á los que se han visto en la feria ó en la casa de Comus; con saltos, zancadas y contorciones, en que la locura competia con la indecencia, y en que todo estaba marcado con el sello de la bribonada y de la supersticion, con curaciones muchas veces ridículas, que nada prueban ó que prueban todo, casi siempre desmentidas por informes mas exactos, y cuya lista semejante á la de los empíricos, que sin hablar de todos los escapados de la eficacia de sus remedios ó muertos por estos, citan en la cuenta de su arte todas las curaciones suplidas por la imaginacion, ú obradas por la naturaleza. ¡Triste ceguedad la de los sectarios que han dado lugar á semejantes comparaciones, y la de los incrédulos que no se han avergonzado de hacerlas! Veanse por lo demas sobre este objeto, los *Opúsculos de Cirujía por Morand*, de la Academia real de las ciencias, segunda parte, cap. 6.º; que contiene, despues de la pregunta de Mr. Sartine la *Relación de las operaciones hechas en Paris por muchas personas, que se decia que hacian milagros, en 1759 y 1760.*

tas opiniones tan contrarias á la verdad como peligrosas á las costumbres.

Expongamos pues en pocas palabras estos hechos y estos milagros de cuya certeza y realidad todo nos asegura y confirma. Dueño de la naturaleza, Jesucristo con una palabra calma las tempestades; prescribe leyes á los elementos; multiplica cinco panes, y con ellos alimenta cinco mil hombres; abre los ojos á los ciegos de nacimiento; suelta la lengua de los mudos; da el oido á los sordos; cura á los enfermos con solo su palabra; arroja los demonios, y los obliga á tributar homenaje á su divinidad; la naturaleza, la muerte, el infierno, obedecen su voz. Resucita al hijo de la viuda de Nain, cuyo pueblo acompañaba la pompa funeral; á la hija del Gefe de la Sinagoga, cuya pérdida lloraba una muchedumbre de judíos; á Lazaro sepultado hacia muchos dias. Anuncia su muerte y su resurreccion; predice lo que vemos cumplido del modo mas sorprendente, la predicacion del Evangelio, el establecimiento de la Iglesia, la indefectibilidad de la fe, su visibilidad, su perpetuidad, el castigo de los judíos y la destruccion de Jerusalem. Es entregado á sus enemigos porque lo quiso. Judas le traicionó: pero la vergüenza y la desesperacion siguen luego á su crimen: devuelve á los judíos el precio de este, y el campo comprado con este mismo dinero para sepultura de los extrangeros, es un monumento destinado á instruir á toda la tierra de su perfidia y de sus remordimientos. Despues de haber sufrido del modo mas heróico y con el mas noble valor los opróbios mas humillantes, Jesucristo muere para la reparacion del pecado, para la salvacion de los hombres: la naturaleza se conmueve y desconcierta, cuando expira; y con prodigios que atestiguan autores paganos [12], reconoce á su Señor. Muere en la Cruz; y segun la promesa que hizo á sus apóstoles, esta Cruz se convierte en el instrumento y signo mas brillante de su triunfo.

Pocos dias despues de su muerte completa los

testimonios de su poder y de su divinidad con su resurreccion. Independientemente de las precauciones que sus enemigos habian tomado para impedir que sus apóstoles pudieran robar su cuerpo; independientemente de las circunstancias públicas de que este hecho estuvo desde entonces revestido, y segun las cuales fácil hubiera sido convencer á los apóstoles de impostura, si hubieran querido engañarnos, este hecho está confirmado por todas sus consecuencias y la fuerza de las pruebas va siempre creciendo.

Unos discípulos antes tan tímidos publican altamente el triunfo de su maestro; ¿y en qué momentos? En aquel en que todo parece desesperado, y en que no tienen que aguardar de semejante testimonio mas que afrontas, persecuciones, suplicios y la muerte. Mas ¿quiénes son estos hombres que van á obrar á nombre de Jesucristo prodigios tan grandes, como los que él mismo ha obrado [13], estos hombres que van á ilustrar al mundo, á convertirlo á la fe, á reformar sus costumbres y á cambiar la faz del universo? Hombres sin nombre, sin fortuna, sin crédito y sin ciencia, hombres de la hez del pueblo, digámoslo en una palabra (y no te choque, amado Valmont, la verdad de la expresion), tales como serian entre nosotros los barqueros del Loyre y unos pobres pescadores; tales son aquellos que van á dar testimonio de Jesucristo en varias lenguas.

¿Y cuantos obstáculos se oponian á su mision y al establecimiento del Evangelio! Obstáculos tomados de las mismas verdades que era menester predicar, verdades difíciles de creer, mas difíciles todavía de practicar: obstáculos de parte del pueblo judío por sus supersticiones y preocupaciones sobre la grandeza temporal del Mesias; obstáculos de parte de los paganos en su religion, sus leyes, su política, pues que el culto de los falsos dioses, los aruspices, los adivinos, las leyes, los sacrificios estaban estrechamente ligados á la administracion de los negocios civiles; en la vanidad de los emperadores

convertidos en dioses de la tierra; en la orgullosa sabiduría de los filósofos que se creían la luz de aquella; en la corrupcion del mundo entero, cuyas ideas trastornaba el cristianismo y cuyos vicios todos atacaba: obstáculos de parte de los mismos apóstoles, á quienes te he manifestado destituidos de todos los talentos exteriores y de todo socorro humano.

Y apesar de tantas dificultades insuperables á todos nuestros sábios reunidos, cuando emprendieran solo la conversion de una sola ciudad, de una sola aldea, insuperables para cualquiera otro que no fuese Dios, el testimonio de los apóstoles es recibido. Jesus es reconocido por todo el universo como hijo del Altísimo; la Cruz triunfa; las costumbres de los primeros fieles se hacen admirar de sus mayores enemigos [14]; pueblos, filósofos, emperadores, cenadores, guerreros, todos ceden por fin, y el universo es cristiano [15].

Los oráculos callan [16]; los idólos son quebrados; Roma, aquella capital del mundo, se convierte en una nueva Roma, y adquiere para la gloria de la religion un imperio nuevo. Cúmplense todas las profecias acerca de la conversion de los gentiles. La Iglesia toma todos los caracteres que su divino gefe le designó: sentada sobre fundamentos que nada puede trastornar, victoriosa de tantos enemigos que no han cesado de combatirla, subsiste apesar de los esfuerzos continuos de la herejia, de la falsa política y de la incredulidad: subsiste mas que ningun imperio, y mas de diez y ocho siglos de borrascas y de tempestades, no han podido derribarla: cada dia repara sus pérdidas; cada dia extiende ó renueva sus conquistas, y cumple en ella del modo mas sensible las predicciones y las promesas de su divino esposo.

Los judíos forman por su parte una prueba igualmente completa y siempre subsistente de la divinidad de Jesucristo. Desde los primeros tiempos han visto cumplirse en ellos esta terrible maldicion que habian pronunciado contra sí mismos, cuando en el tribunal de Pilatos habian osado exclamar mal-

diciendo al Cristo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Ellos han visto, como el Cristo les habia predicho, derribar, destruir de arriba á bajo y sin que quedase piedra sobre piedra los muros de Jerusalem, y su famoso templo, que Juliano se esforzó en vano á redificar [17]. Han visto ejecutarse en ellos con mas rigor y ménos recurso que nunca, las amenazas de sus profetas, y han sido dispersados entre las naciones. Desde hace mas de setecientos años siempre en el mismo estado á que los redujeron las venganzas del Señor y los consejos de su providencia, siempre sin gefes, sin patria, sin templo, sin sacerdotes, sin sacrificios, errando de pueblo en pueblo, conservando donde quiera una existencia tan precaria, y continuada sin embargo desde tanto tiempo sin mezcla y sin interrupcion [18], llevan á todas partes del mundo la prueba manifiesta de su crimen, y demuestran la divinidad de aquel Jesus de quien se atreven á blasfemar.

¡Oh hijo mio! que la luz brille por fin para tí; que se rasgue el velo que te ocultaba su brillo: cae á los pies de aquel que tanto tiempo has descosido, y adora conmigo á Jesucristo, á este Jesus, hecho el único centro de ambos Testamentos, punto de reunion de todas las partes de la religion, lazo esencial del verdadero israelita y del cristiano fiel; este Jesus, que esperado ó venido, ha sido en todos los tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios, y así nos muestra la religion mas digna de nuestra admiracion por su antigüedad, por su unidad, por su perpetuidad.

¿Pues qué? ¿El Dios Santo hubiera permitido que el error tomase caracteres tan perfectamente semejantes á la verdad? ¿Y no puedo decir con justo título, despues de tantas maravillas, que si es un error lo que yo creo, Dios mismo seria quien me hubiera engañado? Pon cuidado, Valmont, yo no he hecho mas que estrazar con rapidéz, que bosquejar en cierto modo una serie de acontecimientos, que se corresponden y se suponen mutuamente, de los

cuales, desarrollado cada uno en particular en toda su extension, formaria una prueba suficiente y completa, pero tomados en conjunto son superiores á toda dificultad y á toda objecion.

¡Qué satisfaccion para el verdadero fiel, repasar así de una mirada toda la serie de la religion y todos los fundamentos de su fe! En medio de todos los asaltos que se dan á su creencia, ¡qué consuelo para él ver como y con cual evidencia de las pruebas que tenemos á la vista, quiero decir, del estado actual de los judíos, de la Iglesia y de la religion, se remonta de siglo en siglo, por una lista de nombres conocidos, por una sucesion no interrumpida de Pontífices en la Iglesia romana, hasta los primeros dias del cristianismo; como tambien por otra serie de pontífices igualmente constante, se remonta hasta Aron, hasta Moyses, y de Moyses, por un pequeño número de Patriarcas, hasta los primeros dias del mundo! ¡Oh que bella autoridad la que nos ofrece la verdadera religion, la mas hermosa, la mas grande que haya sobre la tierra, y que ninguna secta, ningun pueblo pueden imitar!

He correspondido á tu solicitud, querido Valmont, demostrándote el tercer caracter de la religion cristiana: no tardes en corresponder á la mia sobre lo concerniente á tu situacion actual y á tus disposiciones mas secretas.

NOTAS.

PÁG. 19.

[1] Una estrella brillante lo anuncia. Chalsides, filósofo platónico, que florecia en principios del siglo cuarto en su Comentario latino sobre el *Timeo de Platon*, obra mui estimada de los sábios, habla en estos términos de la estrella que apareció en Oriente.

Hay otra historia mas santa y mas digna de nuestra veneracion, que publica la aparicion de una estrella destinada á anunciar á los hombres, no enfermedades ó al-